

—Cómo que cosa? que ya se viene el cielo abajo, y dentro de un rato caerá un aguacero de esos que te *cuadran* tanto.

Adios sueño y adios pereza: á la mágica voz de aguacero nuestro héroe no se levantó, sino que saltó, y enganchando las mulas con rapidez, si no tiene pretendiente que lo haga, sube sobre su nueva víctima de aquella tarde, y con la lijereza mayor que puede sacarse de aquel inmenso paralelogramo (ó coche) y de aquellos dos prismas (ó mulas) llega á su sitio. La mujer no mentía: el cielo abrió sus senos, el rayo rompió las cataratas de la nube y todo quedó inundado. Ni para el labrador es tan benéfica la lluvia como para el cochero: las lluvias son su elemento, apesar de que es animal terrestre y no del agua; le produce mas un aguacero á nuestro buen chico que al hacendado que posea quinientas fanegas de tierra. Apenas llega á su sitio tenga ó no carga va á sacar su boleta de salida en la administracion respectiva, y desde aquel momento el coche es suyo y suyas las ganancias. Pronto llega un estudiantillo imberbe, tímido y delicado como un alfeñique: se dirige á la portezuela del coche; pero antes de llegarle detiene una voz,

—Para dejar á V. niño? dice el cochero.

—Sí, á la calle de. . .

—Entonces no, porque está muy lejos.

El estudiante mira para todos lados y no descubre un solo coche: calcula lo que le importará un nuevo traje, sombrero y botas: se decide y dice:

—Pagaré doble.

Mágica palabra, mas segura que el *Sésamo* árabe: no bien la oye el cochero cuando se apresura á abrir su coche, ayuda á subir al escolapio, cierra la portezuela, se envuelve en su capote de hule ó paño, monta en la mula y se echa á trotar por esas calles de Dios (ó lagunas del diablo), llevando á su *amito* encerrado en el coche, dándole mas sacudidas que las que sufrió en la malhadada venta el insigne escudero del inmortal manchego. Antes de un cuarto de hora se para en la casa del chico.

—¿Cuánto?

—Un peso, señor amo.

—¿Un peso!

—Nada menos. Fué la condicion.

No hay mas que callar y pagar.

No paran aquí sus ganancias, estas siguen mientras sigue lloviendo: las calles están convertidas en anchas lagunas, pero á guisa de buen piloto las surca rápida y hábilmente nuestro cochero.

—¿Llevas carga? le pregunta un pobre viejo que con su mujer y sus ocho hijos se habia refugiado en un zaguan.

—Sí, señor.

—Eso no es cierto, demonio! Páratel

Nada: el cochero es sordo, y sin cuidarse de gritos y palmadas, como un mal cómico, arrea mas sus mulas para alejarse de aquel lugar donde le amenazaba una invasion de chicos que le llenarian el coche como al arca de Noé, con animales de toda especie. Pues señor, los dejó gritando; llegó á una esquina y desapareció.

—Párate, le dice un canónigo que al volver de coro le sorprendió el chubasco.

—Voy ocupado, señor amo, tengo un compromiso.

—Hombre, te pagaré bien y te daré buena gratificacion.

—¿Es muy lejos, señor?

—No, á las tres cuádras.

—Vamos, señor: solo por ser su buena persona de vd. . . .

En estas fatigas llega la noche, sin que haya bajado una pulgada el nivel de las aguas que lamen las aceras. El cochero sabe mejor que nadie que hay beneficio en el Teatro Nacional, y el teatro es otra vena que sabe sangrar bien nuestro hombre, en provecho suyo y mal del prójimo.

—Llévanos al teatro.

—Voy por una familia, señor.

—Pero, hombre, no podemos perder nuestros boletos.

—Ni yo mis ganancias,

—¿Cuánto quieres?

—Dos pesos.

—Imbécil, ladron!

El cochero hace sonar su lengua de cierta manera y su látigo, para alejarse.

Hombre, dice uno al otro de los dos *dandys*, es preciso asistir al teatro, pues va Pepita.

—Tienes razon. Cochero, abre; tendrás los dos pesos.

—Voy señor.

Los dos pisaverdes se lanzan dentro del coche y gracias á él llegan al teatro con las botas algo lustrosas aun. El cochero deposita su cargamento en el pórtico del teatro; pero ¡oh fatalidad! la prima dona se ha enfermado y no hay funcion.

—Vuélvenos á llevar, hombre.

—No señor, imposible.

—De paso nos dejás en el *Progreso*, adonde quiera.

—Digo á su mercé que no puedo.

—Te pagaremos mas.

—Me dan sus mercedes un peso?

—Pero. . . .

El cochero arrea y. . . . no hay mas que conformarse, pagan, suben y nuestro hombre que mejor que nadie sabe fijar á la calva fortuna, y